

Taller de cuentos
en tu ciudad:

MATUCANA



Taller de cuentos
en tu ciudad:

MATUCANA



Taller de cuentos en tu ciudad: Matucana

Primera Edición, marzo 2021

ISBN 978-956-244-514-6

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 2021-A-2203

**Ministra de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio**
Consuelo Valdés Chadwick

**Director Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural**
Carlos Maillet Aránguiz

**Subsecretario
de Patrimonio Cultural**
Emilio de la Cerda Errázuriz

**Coordinadora
Programa Bibliometro**
Ángela Salazar Durán

Santiago de Chile

@ Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su recopilación en un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o medida (ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro o por otros medios) sin el previo permiso y por escrito de los titulares del copyright.

Taller de cuentos
en tu ciudad:

MATUCANA

Índice

Prólogo.....	7
Presentación	9
Educación de crucigrama	11
Oferta	17
Manifiesto.....	21
Ni perdón ni olvido.....	25
Me voy pa' la casa.....	29
Cuenta regresiva.....	31
Una mala historia de terror	33
No me acuerdo	37
Día de suerte.....	43

Prólogo

En la calle, los shorts, sandalias, lentes de sol y guayaberas reflejan un extraño clímax estival cuyas tenidas terminan con toscas mascarillas, alcohol gel y distancia física. No es un verano cualquiera ni fue un año más. Las actividades sociales habituales se desarrollan por internet a través de videollamadas: trabajo, clases y hasta cumpleaños.

Me contactaron desde Bibliometro para hacer un taller de cuentos sobre la ciudad, en esta primera versión dedicado al barrio Matucana. Por supuesto, el taller debía ser de forma remota para evitar contagios. Ocho sesiones para jóvenes de entre 15 y 25 años durante enero y febrero, dos veces a la semana entre la hora de desayuno y almuerzo. ¿Quién querría seguir conectado a Zoom en sus vacaciones, luego de un año completo pegados al computador?

Estaba nerviosa, pero la convocatoria fue un éxito a pesar de estas condiciones. Lo más atractivo era poder hacer un taller de calidad que fuera gratuito para sus integrantes. Escarbar en la observación de cada participante, entregar referentes estimulantes y sobre todo, que entre ellos se nutrieran desde la experiencia y exploración ajena.

Las primeras cuatro sesiones fueron de ejercicios prácticos desarrollados dentro de la misma sesión y las siguientes clases consistieron en avanzar en un único proyecto propio.

Les talleristas pertenecían a diferentes partes de Santiago y con un rango amplio de clases sociales. Esto hizo que parte importante del taller trascendiera a la escritura dando paso a las vidas propias. El diálogo y la empatía con las distintas miradas fueron una espontánea pieza central. Las webcam de las computadoras nos mostraban los diversos contextos y espacios que cada uno de ellos tenía para escribir. A veces, para no perderse las sesiones, los talleristas hicieron la clase desde el interior de la micro, vendiendo en la feria o desde una consulta médica. Hubo risas, un poco de llanto, gente asomada atrás de los talleristas, perros ladrando, sobrinos y hermanos menores revoloteando, desayunos y tecitos en vivo, jornadas extensas donde algunos tuvieron que ir a cocinar y un whatsapp grupal donde se retroalimentaron con links de referentes propios.

En esta publicación podrán leer una selección de textos trabajados en el taller. Algunos utilizaron el cuento, otros se acercaron más al ensayo y un par de manifiestos furiosos le dieron el arrebató necesario a este conjunto de escrituras jóvenes. Ahora sus historias dialogarán con el tránsito urbano real, con los pasajeros, con desconocidos errantes. Espero que lo disfruten y que el próximo taller podamos conocernos en tres dimensiones.

Paola Molina
Escritora y comediante

Presentación

Para nuestra Corporación MetroArte el “Taller de cuentos en tu ciudad: Matucana” resultó una muy buena experiencia para conocer y compartir vivencias con audiencias jóvenes, en el marco de nuestro compromiso con el Plan de Públicos, convocado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

Determinante fue contar con nuestro socio permanente, BiblioMetro perteneciente al Servicio Nacional del Patrimonio SNBP, con quien hemos contribuido a mejorar los índices de lectura por más de 20 años, desarrollado actividades de fomento a la lectura y escritura, como también ofreciendo iniciativas culturales, que tienen a una audiencia específica y cercana a los módulos de préstamo.

En esta oportunidad se trataba de convocar a un público joven, que participara de 8 sesiones virtuales con una tallerista que condujera su interés en relatar historias de la ciudad, con especial énfasis en el barrio Matucana y del barrio Yungay por cercanía.

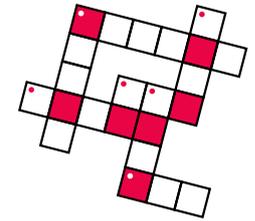
La definición de Paola Molina como tallerista, fue una recomendación de BiblioMetro muy acertada por su condición de mujer joven, escritora y comediante, quien guió al grupo de escritores, más mujeres que hombres, para que propusieran sus creaciones saliendo de esos lugares comunes e improntas ajenas, tema que se abordó desde el principio, buscando lo personal y particular de cada uno de los participantes.

Cuando al final del proceso, le consultamos a Paola por su evaluación de lo sucedido en el taller, respondió que, aparte de la participación de 30 personas iniciales en el taller virtual, donde la pantalla y la tecnología son puente y barrera simultáneamente, el resultado fueron textos “contundentes”, lo que permitió la selección que tienes en tus manos.

Para la Corporación Cultural MetroArte fue una experiencia más que buena, la que nos permite pensar en desarrollar en el futuro otros talleres de cuentos de ciudad, lugar en que prestamos nuestro servicio y que crece en la medida que el Metro de Santiago se desarrolla como una gran red metropolitana.

Javier Pinto
Director Ejecutivo
Corporación Cultural MetroArte

Educación de crucigrama



Rocío Pavez Ramírez, 19 años

“De Puente Alto tenían que ser”, con esas simples pero despectivas palabras, una joven rubia lograba acallar a la tropa de púberes uniformados, que en ese momento esperábamos un bus en el frontis del museo Artequin de Estación central.

La insignia que portabamos, cual marca de ganado, delataba nuestro origen y condición: escolares periféricos cuyo estado de excitación por la única salida educativa del año hasta ese instante parecía imposible de controlar.

Cualquiera que haya pasado por el corral del sistema escolar es consciente de que una salida, sea cual sea su motivo y/o lugar de destino, se transforma en todo un evento y como tal, conlleva una serie de rituales asociados.

Partimos por la repartición de las autorizaciones de apoderados, ese papelito que más de alguno dejó un mes completo bajo la rejilla de la mesa, y que a último minuto se debía llevar con la compañera de caligrafía más adulta y firma más sofisticada para que lo falsificara. Mientras tanto, aquellos que sí llevamos la autorización a la casa debimos lidiar

con el “por favor que a mi mamá no se le ocurra ir”, angustia que terminó pronto porque la profesora jefe confirmó que ya tenía voluntarias: las mismas dos viejas sapas que han estado en la directiva toda la vida.

Otra clase de nervios en la guata los sentí cuando mi mejor amiga, faltando tan solo días para el paseo, aún no preguntaba “¿vái a ir sentada conmigo en el bus?”, sin duda la frase más cercana a una propuesta matrimonial que puedes hacer a los 12.

Así las semanas fueron transcurriendo hasta llegar al anhelado día. La emoción se reflejaba en mochilas abultadas de colación. No importa que el destino esté a menos de una hora, la comida del día de paseo escolar siempre es suficiente para acampar fuera de Santiago un fin de semana entero. Marraquetas con jamón y queso, envueltas en capas y capas de servilletas versus la versión de los más acaudalados: pan de molde en bolsa ziploc. No faltaba el osado que llevaba huevos duros, el generoso que cargaba la bebida de un litro y contagiaba su espíritu para que las papas fritas y galletas circularan sin Dios ni ley por aquel bus que sin ventanas ni aire acondicionado, al ritmo de un reguetón a todo chanco, cruzaba las calles de la capital.

Este año íbamos a Quinta Normal. Lo primero que hicimos fue ir al Museo de Ciencia y Tecnología, inmediatamente después al Museo Nacional de Historia Natural. Cuando salimos ya era hora de almorzar, así que nos tendimos en los pastos a finiquitar las bolsas de colación que no habíamos acabado en el bus. También comenzamos un partido de fútbol, con una pelota plástica/ globo terráqueo que algunos cabros se habían comprado en un kiosko del parque.

Acabado el almuerzo, pasada las 2 de la tarde, llegamos a nuestra última parada: El Artequin. Éramos 36 alumnos. La profesora y las dos apoderadas habían seguido la misma dinámica todo el día: llevarse 12 niños cada una para ir en grupos siguiendo el recorrido. A mi amiga y a mí nos tocó ir con la señora Muriel, la mamá del Piña, el compañero más pintamono y desagradable del curso. Su apodo se lo había ganado tras un fallido intento de cortarse el pelo como un futbolista. Él y su grupo de amigos también iban con nosotras. No sé qué era peor, soportar su

nefasto pero verdadero ser día a día en la sala de clases o verlo en su estado actual, camuflado en el papel de hijo obediente, una careta que, estaba segura, no sería capaz de mantener lo que quedaba de paseo.

Su mamá, aparte de sapa y metida en la actividad escolar que inventasen, tenía un carácter fuerte y un vozarrón de milico. Mientras los demás deambulaban libremente entre Warhol, Kahlo y Van Gogh, nosotros íbamos cuadro por cuadro leyendo fichas técnicas por turnos y en voz alta. No podíamos salir de una sala hasta haber visto todas las obras. Naturalmente, fuimos los últimos en terminar el recorrido. De pronto, la mamá del piña salió apurada del museo porque la profesora la estaba llamando. Apenas cruzó la puerta, el grupo se volvió loco. Estábamos al lado de un tótem, cuya pantalla desplegaba la pregunta: ¿Cómo calificas tu visita? El Piña apareció atrás nuestro, se acercó a la pantalla y escribió: “Fome tu cagá de museo”. La escena, su risa exagerada, la de su séquito de amigos que se retorcián celebrando la tallita, como niños frente a un payaso de circo, era demasiado insoportable. Mi amiga y yo escapamos del museo. Minutos después, la profesora empezó a llamar al curso entero. Antes de la llegada del bus, ella y una de las apoderadas irían a buscar una sorpresa, mientras tanto, nos dejaban a cargo de la señora Muriel.

Algo extraño sucedía, la misma mujer que nos había tratado como pelotón el día entero, ahora apenas pidió una vez que no nos alejáramos demasiado. A continuación, se sentó en una banca, sacó una botella con agua congelada de su enorme cartera, tomó los sorbos que pudo y cerró los ojos. El hielo se iba derritiendo lentamente bajo su mano obesa. No lucía cansada, más bien se veía profundamente triste.

Su deprimente estado solo pudo ser interrumpido por la aparición de una mujer rubia, pecho de la cual colgaba una credencial que le brindaba cierto aire de autoridad. Ahí parada frente a la puerta, como si estuviese protegiendo sus aposentos, lo primero que hizo fue mirar de pies a cabeza al Piña y sus amigos.

“De Puente Alto tenían que ser”, masculló entre dientes. No pasó inadvertida, todos los que estábamos cerca, escuchamos y enmudecimos. Pronto el silencio se propagó hacia el resto de los compañeros que hasta

entonces revoloteaban sobre los jardines. ¿Usted es la profesora a cargo de este curso? preguntó. La señora Muriel, lejos de inmutarse, se tomó todo el tiempo del mundo para abrir su cartera, buscar un pañuelo y secar su mano húmeda, antes de ir frente a ella.

– Buenas tardes. No, no soy la profesora.

– Perfecto, entonces ¿Dónde está ella? – Replicó la mujer.

– No soy la profesora pero sí estoy a cargo de estos niños, contestó, con evidente pasivo agresividad.

– Bueno estos niños, como los llama usted, llenaron de insultos nuestro buzón de opiniones. No pudieron haber sido otros, ustedes son el único colegio agendado esta tarde, sentenció la rubia.

La mamá del Piña estaba de espaldas. Era imposible divisar si su rostro se desfiguraba de la rabia o si lucía tan carente de vida como hace un rato en la banca. Pero me bastó observar su postura, para percibir que no quedaba rastro de pesadumbres, por el contrario, se veía más rígida e inmutable que nunca. “Muéstreme qué escribieron”, fue lo único que respondió.

Ambas cruzaron la puerta, tan pronto como sus siluetas desvanecieron sus voces también lo hicieron. Entremedio de la conversación tan solo pude escuchar un último grito acongojado de la señora Muriel: “¡Yo no críe a ningún flaite!”

En cualquier otra ocasión, lo hubiese discutido. Su hijo era todo lo que la sociedad clasificaba como flaite; tiraba escupitajos en la cancha, se colaba en fila de la Juna, no se molestaba en memorizar nombres porque se dirigía a las personas como el “este” o la “esta”, y por supuesto, tenía el corte de pelo más feo del colegio. Y ahora por uno de sus ridículos intentos de llamar la atención, el curso entero iba a ser castigado. Pero en ese momento, un tipo de rabia que hasta entonces desconocía en mi cuerpo, empujó toda clase de rencor que podía estar sintiendo por el Piña. Resonaba en mi mente la frase “de Puente Alto tenían que ser”. Siempre estuve consciente de la fama que ostentaba mi comuna, pero esta vez el insulto era distinto, no era para una franja de tierra, estaba dirigido hacia nosotros. Empecé a sentirme pequeña, ajena a ese barrio

lleno de pasto tan verde, árboles centenarios y casas con aroma a siglos pasados. Me había convertido en una extranjera a tan solo kilómetros de mi hogar.

Entendí que a los ojos de esa mujer no éramos individuos, éramos 36 pendejos idénticos. Para ella no existía diferencia entre el Piña y yo. Entonces, algo hizo click en mí y dijo que, si eso era cierto, no importaba. Realmente no encontraba ridículo lo que el Piña había escrito, seguramente todos coincidíamos con ello, pero solo él tuvo la patudez de expresarlo. Jamás se avergonzaba de lo que hacía, por eso su descaro ante la vida resultaba tan incómodo para el resto. Esta salida había sido una cagada. Todas las salidas siempre son una cagada.

Tres museos seguidos y tres temáticas completamente diferentes ¿Cuál era el objetivo? ¿Inyectarnos un shock de cultura general para saldar una deuda de años de enseñanza deficiente? Lo seguiría siendo, porque lo único que absorbíamos en dichos paseos eran datos curiosos, trivialidades. Esto era lo que nos tocaba, una educación de crucigrama. La Vía Láctea, se llama así porque Hércules, tomando teta, le mordió tan fuerte el pezón a su mamá Diosa, que salió disparado un chorro de leche gigante al espacio. La ballena muerta del MNHN se llama Greta y el Artequin fue construido como un rompecabezas, de puras piezas sueltas que trajeron desde Francia. Eso es lo que aprendí hoy.

Durante horas continúe con aquellos pensamientos rumiantes, escenarios donde este día no hubiese existido, ideando un paseo en el que tan solo nos hubiesen llevado a la plaza de la esquina a pelusear un rato, a jugar al tesoro escondido, a tomar un helado palo palito. Un lugar para sentirnos en casa y aprender de la vida.

Oferta



Laura Rivadeneira Silva, 23 años

Justo llegué a mi pasillo favorito del supermercado cuando a una mujer, como de mi edad, se le cayó una botella de vino de las manos. Salté por encima de los vidrios y el líquido morado y la miré con pena, pero a ella parecía no importarle y salió rápidamente del lugar. Un guardia canoso y cansado salió corriendo – o al menos eso intentó – detrás de ella para cobrarle el accidente. La mujer ni siquiera notó el esfuerzo físico del caballero, que por cierto, se notaba había sido su mayor ejercicio del día. Ella se guardó algo en el bolsillo y se cubrió la cabeza con la capucha de su pelerón. Solo vi la escena, no la escuché. En mis oídos había una canción de Julieta Venegas sonando a través de los audífonos enredados.

Intenté recordar qué faltaba en la casa, pero no me resultó, así que llamé a la Luna para preguntarle. Me pidió un chocolate, de esos con almendras, les niños necesitan azúcar después de estar ocho horas encerrados en una jaula. Imaginé a mi hija agarrando los barrotos y mirando hacia afuera. Aproveché la promoción de dos chocolates por un precio razonable, siempre voy por las ofertas, si no hay me las invento, y llevo un producto escondido en mi cartera por el valor de uno.

La Luna ya no me estaba pescando y me empezó a contar algo sobre su papá, algo sobre su nueva polola. Me interesaba mucho el tema, pero la llamada tenía por objeto descubrir si faltaba algo del super, así que la mandé a revisar si había confort en el baño. Mientras esperaba su respuesta, mis ojos se humedecieron y me sorprendí al ver a mi cuerpo reaccionando a la vida amorosa del papá de mi hija.

“Sí hay confort”, me dijo la Lunita acompañada del eco del baño y del sonido del extractor. Se me había olvidado que la otra vez compré demasiados rollos porque llovió más de lo normal y la histeria colectiva me obligó a comprar mucho de todo.

Con esa gran certeza en mi vida, que tenía confort para varias semanas más, se me fue el nudo en la garganta y no pensé más en mi ex. Solo pensé en la única dimensión que me importa: la de papá, la de responsable de nuestra hija, la de pagador de pensión alimenticia. Después de todo, es lo único que tengo de él y lo negocié hasta las últimas, tal como lo he hecho con el amor, el sueldo y los fantasmas acomodados en las tensiones de la espalda.

Miré el celular para subirle el volumen a la canción y sin querer vi cinco mensajes encolerizados de mi jefe. Algo estaba pidiéndome, algo quería y me lo pedía con mayúsculas. Ya estaba acostumbrada a esos arrebatos de su parte y sabía que solo buscaban un poco de atención. Me lo imaginaba llegando a su casa desesperando por no tener a nadie que lo mirara a los ojos o que le preguntara cómo estuvo su día. La tensión en mis músculos duró apenas unos segundos porque no era algo tan terrible y ya conocía sus gritos escritos por WhatsApp.

La parada en el supermercado se me estaba haciendo eterna y en media hora ya había experimentado muchas emociones para un trámite tan simple. Mientras ansiaba llegar al departamento, sacarme los zapatos y abrazar a mi hija, me di cuenta de que el cajero no me hizo el descuento de las salsas de tomate. Le reclamé y algo respondió sobre un error del sistema. No entendí mucho. Normalmente habría seguido reclamando, pero en ese punto del día ya estaba rendida.

Salí con dos bolsas llenas de cosas que quizás no necesitaba tanto y caminé hacia el oriente por San Pablo. Todo estaba oscuro, lo único que me guiaba eran los faroles que parecían luces saliendo de un platillo extraterrestre para abducir a alguien. Por su parte, las baratas se cruzaban sin miedo a que las pisara con mis tacos de diez centímetros.

Un auto frenó en la cuadra anterior y sus ruedas chillaron para alertar al resto. Mi instinto me dijo que tenía que darme vuelta a mirar el accidente. Lo hice y sin querer vi a alguien que venía siguiéndome torpemente, paraba cada vez que yo lo hacía, dirigía su mirada hacia donde yo dirigía la mía. Quería ser mi espejo. Tengo que defenderme, pensé. Mi corazón no pensó así y latía más rápido de lo que mis piernas avanzaban. Volteé mi mirada demasiadas veces para seguir los pasos del cazador. Mis respiraciones se acortaron y mi pecho decidió encogerse.

Busqué el cilindro de gas pimienta que alguna vez mi mamá me metió en la cartera y eso me tranquilizó un poco.

La silueta que me seguía venía a casi una cuadra de distancia. Llamé a mi mamá, pero no me contestó. Le dejé un mensaje de voz como si alguna vez lo fuera a escuchar, como si la gente atendiera esa basura auditiva virtual, como si eso me fuera a ayudar a llegar más rápido y sin novedades: -Oye, alguien me está siguiendo, por eso te llamé. Me faltan dos cuadras todavía.

Tengo el gas pimienta que me pasaste aquí en la cartera, no se acabó la última vez que lo usé. Te aviso cualquier cosa, chao. Al menos me sirvió para que el cazador me viera haciendo algo al respecto.

Pensé en tomar la micro, pero no tenía sentido, me quedaba muy poco para llegar al departamento. No había nadie en la calle, apenas pasaban autos y eran las ocho de la tarde en invierno. Lo único que vi con luz fue la distribuidora de Fruna, que estaba cerrando sus cortinas y sacando cajas de cartón a la vereda. Mi instinto me habló de nuevo y me dijo que me sentara en el paradero para tomar la 402. Decidí esperar la micro y bajarme varios paraderos después de mi destino. Por alguna razón, me sentí más segura quedándome sola que cruzando a pedirle ayuda al hombre que cerraba la cortina del local.

Desde ahí y de reojo vi avanzar tranquilamente al asaltante y apreté con más firmeza el arma que tenía en la cartera. Se acercó y me sorprendí al reconocer a una mujer y no a un hombre. ¿Las mujeres asaltan, matan y asustan también? Al poco rato noté que era la mujer del supermercado ¿Antes botó esa botella a propósito? La miré a los ojos, vi el peligro y lo entendí ¿Lo entendí realmente? Pero como escribí antes, ya estaba rendida, solo anhelaba llegar a casa a flojear ese día. Ella tenía una costra en la boca y unas manos ásperas. Nunca las toqué, pero se veían ásperas. Sacó de su bolsillo un pedazo de vidrio del merlot que se le cayó antes, era el gollete de la botella. No me dijo nada, solo me mostró su arma y dio a entender su amenaza, pero vi su mano titubeando. Me acordé cuando una vez me defendí así mismo, con una botella rota, en el verano del 2011 en la playa grande de Cartagena.

Saqué firmemente mi gas pimienta y lo puse al frente de su cara. Ella se cubrió con las manos y botó al suelo el vidrio con el que tenía planeado apuñalarme. Tirité tanto que entré en calor, ya no era invierno para mí. Ella se puso a llorar, pero nunca me habló. De su boca salían sonidos inconexos y confusos, asumí que no quería o no podía decirme nada.

Sin quitar mi brazo amenazante a centímetros de sus ojos, le grité que se calmara, que íbamos a hacer algo, que le iba a dejar una bolsa con mercadería en el suelo y que me dejara llegar viva a mi casa. Asintió con su cabeza y se limpió las lágrimas.

En mi cabeza inventé que ella también quería llegar luego a su casa, a ver a su hija, pero con algo para comer, lo que fuera. Me fui confundida, además le dejé la bolsa que tenía el vino y el chocolate, las dos cosas que nos iban a dejar felices a mí y a mi hija respectivamente.

Terminaba de cantar Julieta Venegas cuando al fin metí la llave en la puerta del departamento y sentí el abrazo de mi hija. Ahora solo me faltaba sacarme los zapatos.

Manifiesto



Ninoska Cruzat Ugalde, 23 años

Fuimos el mejor puntaje de nuestros colegios

¿Pero de qué sirve?

Sirve, dice mi madre, mientras cocina el almuerzo para mañana, mientras lava los calzones con caca de una guagua ajena.

Sirve, dice mi madre, para que no termines igual que yo.

Tomo la 210 en su inicio y me bajo casi en el final: Matucana con Alameda.

Viajé dos horas pensando: ¿Sirve?

Sirve porque puedo viajar dos horas sobre una micro llena de sardinas periféricas que se

dirigen al centro de la ciudad.

Sirve, para que pueda criticar con teoría la forma en que mi madre trabaja.

Sirve, para que pueda dolerme en el corazón, en la guata y en la mente El Capital.

Cuando salgo de las clases que *sirven*,

camino por Matucana hasta el número cien
y entro a la muestra gratis,
y me llevo todas las guías con panoramas,
y sueño con algún día exponer ahí.
¿Pero qué voy a exponer yo?
podría montar una performance mostrando mis sostenes deformados,
podría unir todos mis calcetines huachos y hacer una guirnalda,
podría exponer todos los libros que se supone que debería haber
leído antes de entrar a mi carrera.
Podría sentar a mi padre en medio de la sala y que posara manejando:
lo haría perfecto,
porque ha trabajado manejando autos ajenos hace más de treinta años,
podría retratar a mi abuela y a mi madre y hacer una exposición de
nanas,
colgar sus delantales, mostrar sus recetarios,
tener, incluso, una pared llena de fotos de carnet de todos sus hijos
postizos
y al frente, una pared llena de fotos de navidades en que estuvimos
solos, mientras ellas
servían pavo en una mesa de Las Condes,
podría colgar un mapa de Santiago,
y marcar todas las esquinas en que me gritaron,
marimacha, asquerosa, camionera,
te falta pico.

Podría, en el mismo mapa, pegar stickers de corazones,
y marcar en todas las esquinas en que nos besamos,
y marcar todas las plazas donde nos corrimos mano,
y también, por qué no, todas las veces que terminamos.
Y en otra sala de la exposición
pondría platos llenos de toda la comida que me alimentó cuando
fui estudiante pobre
no como ahora, artista emergente,

sopaipillas en servilletas de un papel que parece diario,
handrolls de luca, rebosados de aceite y envueltos en aluminio,
jugos recién exprimidos por manos migrantes,
pizzas gigantes de Avenida Ecuador,
agua mineral a quinientos,
y bombones de \$100,
en otra sala montaría un espacio para fumadores
los cuicos quedarían fascinados, imagínate tú:
el arte como experiencia, fumar cosas impensadas
consumir crippy traído por una mujer dentro de su vulva
y que termine en sus bocas, sus pulmones,
HUMOPERFORMÁTICO
DROGA INTERNACIONAL
un dolor de cabeza como arte,
garganta seca y un picor artístico,
podría mostrar todos los uniformes,
de todos mis trabajos,
desde que salí del colegio,
y romper con la idea de que el pobre es pobre porque quiere.
Pero cuando camino por dentro del centro cultural, no veo ese arte,
porque los cuicos coleccionistas no están preparados,
porque mi arte no estaría romantizado,
porque nuestras vidas no están romantizadas,
pero nosotras sí tuvimos romance,
caminando hasta la Plaza Brasil,
besándonos a escondidas de tu mamá en la Plaza Yungay,
y en nuestra primera cita viendo una obra de teatro en Matucana 100.

Ni perdón ni olvido

Caterinna Migliorelli Estay, 25 años



Se le olvidó todo. La mujer guerrillera y patriarcal, la que siempre estaba de punta en blanco, la que no olvidaba ni un deber en la casa: ni planchar, ni fregar la ropa con jabón Popeye, ni poner la mesa con todos los cubiertos de plata, ni comprar diariamente el salame para la once de sus cuatro hijos, recibió como un portazo en la cara el olvido. La Silvia se casó joven con un europeo que llegó en barco arrancando de la guerra, por ahí por el 48', bajo todas las de la ley; porque la ley lo imponía, la clase social, la alcurnia, la religión, incluso para fomentar la envidia de otras mujeres que también arrancaron con el hombre más cotizado del barrio.

Y dio el sí en una fiesta rodeada de amigos y enemigos, de lujo, de pastas y brindis con champagne, de vestidos de seda, de colores sobrios y flores de elevado costo. Llegar a ese momento no fue fácil. La Silvia tuvo que lidiar con las Bulnes, unas primas que también arrancaron a Chile post estallido europeo, las primas españolas que vivían cerca de calle Maipú y que hicieron todo por conquistar al italiano, incluso, en pleno acto religioso, trataron de boicotear el sello de amor.

Pero se casaron y al año llegó el primer hijo, después el segundo y el tercero. Todos hombres, todos educados bajo el alero de un terreno que más tarde se convertiría en un centro comercial. Ahí aprendieron a arar la tierra, mientras la Silvia se lucía en la cocina con las artes culinarias chilenas enseñadas por su madre Lucinda, donde también bordaba, cosía en sus ratos libres y se perfeccionaba entre pastas, lasagnas y polenta. La Silvia siempre se destacó por tener una memoria intachable. Jamás olvidó la cantidad de carne que necesitaba una buena salsa de tomates, ni las raciones para los 10 que se juntaban el domingo a almorzar en la casa, ni los centímetros que debían ir entre el plato, el tenedor y la servilleta. Mucho menos los pasos que habían hasta el almacén de Maipú con Yungay, donde vivía su amiga, la Gladys, quien le vendía los tomates para la salsa y la sandía en la época estival, y con quien hizo el curso de confección, para más tarde hacerle ropa a sus hijos y marido.

Un día la Silvia se sintió extraña y fueron al consultorio del barrio a ver al partero amigo de la familia —y hermano de la Gladys—. Estás encinta, Silvia, le dijo contento, y es una niña. Ni el italiano ni la chilena lo podían creer. Por fin llegaba el ángel que tanto tiempo estuvieron esperando. Por fin llegaba otra mujer a la casa rodeada de hombres brutos, por fin lograban tener la familia que siempre soñaron.

Un día la Silvia se sentó en la reposera de mimbre que estaba en el jardín. Tenía cerca de 32 y por un instante olvidó que esa era su casa. ¿Dónde estoy?—gritó—pero ese grito estaba cargado de vacío, de miedo, de angustia. Nadie la escuchó, ni sus hijos, ni la Gladys, ni su propio perdón. Al rato comenzó a mirar a su alrededor y como una niña abandonada por sus padres en un centro de diversiones, empezó a sentir su corazón latir más rápido, a secar sus manos que se humedecían por la incertidumbre del olvido, a no entender dónde estaba, ni quién era. De pronto llegó su marido y como si nada hubiese pasado, secó con el mantel de cocina unas lágrimas que cayeron y mancharon su rostro.

- ¡Silvia! le dijo, mientras leía en el diario los resultado de las carreras de caballos, - vamos a la plaza que nos juntaremos con Carlos y su señora para organizar unos negocios.

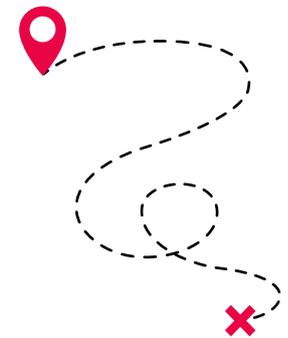
Rápidamente fue a maquillarse el rímel corrido y tomaron rumbo a la plaza Yungay. Pasó el tiempo. Su barrio amado había cambiado, las baldosas ya no eran las mismas, los adoquines habían desaparecido, la Gladys había muerto, las sandías ya no tenían el mismo sabor de años atrás. La gente ya no cosía, ahora compraban la ropa en centros comerciales y la salsa de tomates se compraba lista para servir.

Ya con 80 años a cuestas, con nietos y bisnietos, viuda y la música de Lucho Gatica que sonaba de fondo, volvió a sentir la misma incertidumbre de hace 50 años atrás. En su departamento y acompañada de Patricio, Ricardo y Marité, comenzó a llorar como una niña, a sollozar porque no encontraba a sus hijos, a acurrucarse en una cama con sábanas blancas de muchos hilos, a gritar desconsoladamente por su mamá. Ninguna pastilla podía controlar su pena, ningún medicamento aliviaba su corazón roto, ninguna palabra de sus hijos, ya adultos, lograba consolar la angustia de haberlos olvidado. Estaban deshechos. Los recuerdos del ayer se hacían cada vez más presentes, el hoy se esfumaba como un cigarrillo abandonado en un cenicero, el mañana se hacía más inconcluso. Las pastas hace años habían perdido ese gusto único de la mujer intachable y dueña de casa, el tinte de su pelo se había borrado junto con el perfeccionismo en su andar.

Hoy una chatita la acompañaba al lado de su cama junto a una foto en blanco y negro de su matrimonio, la que estaba desgastada por el paso de los años pero en el mismo marco de hace décadas atrás. Los días fueron pasando y ella se volvió más infantil, la sangre seguía corriendo por sus venas al igual que los recuerdos de niña que se hacían cada vez más presentes. A su nieta mayor la recordaba como a su nuera, a su hija como una completa desconocida. Y se fue apagando, y se fue quedando en el ayer, pero lo que nunca olvidó, ningún día, fue a su italiano, a su único y primer amor de Yungay. Por él sigue planchando su ropa cuando yace en un cementerio y por él es que sigue preparando la mesa a eso de las 8 de la noche para recibirlo después del trabajo, con todos los niños en pie para comer en familia. Jamás lo olvidó, jamás hubo ni perdón ni olvido.

Me voy pa' la casa

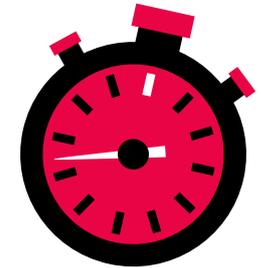
Beatriz Tapia Muñoz, 23 años



Casi llegando al frontis empiezo a pensar qué ruta tomar. Son las 19:30 horas y decido que es mejor ir en micro. El metro siempre me ahoga y después de la clase de CIPOL lo que menos necesito es eso. Me queda un largo camino y primero necesito llegar al paradero de la 210, porque me deja en Pedrero. Me despido de los guardias y salgo de la Universidad. Bajo las escaleras. Importante es no pisar el kultrún pintado en el piso, porque -qué falta de respeto- siempre me digo. Avanzo y veo a la tía de las sopaipillas, lo medito un poco y concluyo que mejor hoy no, ya he comido mucha lesera. La entrada del metro siempre con fila, qué lata. Camino con pasos lentos y pequeños, pegada a la gente. Logro pasar la entrada pero el taco humano sigue. Al frente de la San Camilo, el olor a anticucho me mata, dos parrillas y la carne quemándose. Casi al lado está estacionado el guanaco. "Pacos culiaos", digo en voz baja. Por fin llegué a la esquina. Tengo que cruzar rápido porque la luz que se acaba de poner verde, ya empezó a parpadear así que corro los últimos metros. Aquí voy de nuevo, los pasos cortos y tratando de no pisar las zapatillas a \$10.000 que venden los haitianos exhibiéndolas como trofeo en un

pañó tirado en el piso. Paso por el rebalsado paradero que va hacia el norte. En la esquina está parado el mismo joven de siempre vendiendo parafernalia. “Me faltan papelillos”, le digo y al momento que me los pasa me lanza un “son 500, mi reina”, entonces le pago justo y espero los segundos del semáforo en rojo. 5, 4, 3, 2, 1, verde de nuevo. Me animo a cruzar y veo en la parada del otro costado una micro 210 vacía esperando que cambie la luz. Esta es la mía. Corro rápido sobre volantes de tarot y candidatos sucios y aplastados, esquivando los carros de sopaipilla, las parrillas con anticuchos, las señoras con carritos y los ambulantes con sus bolsos grandes. Pienso que tengo talento para esto, cual bailarina con movimientos coordinados junto a los otros bailarines en la escena. Bueena ctm, llegué y el micrero me abre la puerta. Subo y le digo “hola, permiso tío”. El conductor me mira resignado. Paso y pruebo si el torniquete está rodado, no lo está, así que tengo que aplicar el salto olímpico. Lo logro y me ubico en el asiento que mira en reversa. Saco el celular y veo la hora: bacán, como a las 9 de la noche llego a la casa.

Cuenta regresiva



Francisca Álvarez Quinteros, 17 años

Correr y correr es lo único que hacen todo el día. No disfrutan el momento, no entienden el momento, no analizan el momento. ¿Qué está pasando realmente? La verdad ellos no lo saben, solo ven el mañana, no hay presente posible. Cuando eres pequeño quieres ser adulto, pero si supiéramos la complejidad del concepto y lo que significa realmente crecer, estoy segura de que nuestro deseo jamás sería “quiero ser grande”.

Van a Matucana y realmente no ven que hay en el museo, ven un animal en exposición, ven una reliquia del pasado, pero no se detienen a observar, solo toman fotos que después no retomarán. Pareciera que al entrar solo quieren salir de ahí, ni siquiera saludan al guardia o a la persona que hace la guía del museo, el viaje hacia el lugar dura más de lo que están ahí, llegan al barrio, sacan la foto y se van. En Instagram ponen dirección Matucana y listo, paseo hecho.

Las calles de Santiago son la pista de una gran maratón donde el premio para cualquier lugar es el estrés. Ven la televisión y no toleran los comerciales, ven una serie y no toleran los momentos de silencio. Aprietan el botón avanzar para saber el final más rápido, quieren saber

si los personajes principales quedan juntos, quieren saber quién es el culpable del asesinato, no entienden como llegaron ahí, pero están felices de terminarlo.

Ven un video de youtube y los 5 segundos para saltar el anuncio son 5 horas para ellos ¿Cómo van a perder segundos valiosos? La vida pasa rápido y los adultos la apuran más, están tomando desayuno pensando qué almorzarán ¿Sería tan terrible disfrutar el momento? Los adultos quieren adelantar su vida, ese es ejemplo que nos dan día a día, apúrense con lo que tienen que hacer y serán felices. Sé que esforzándonos conseguimos nuestros sueños, pero la cuenta regresiva para ser adulto da miedo. Decir “cuando grande quiero ser feliz” se volvió una frase cliché pero imposible de lograr. Espero que algún día en los colegios enseñen a descansar y a tener tiempos de ocio. Espero que se den cuenta que para ser felices no debemos saltarnos el proceso, que tenemos que mirar hacia los lados cuando estamos tratando de conseguir nuestras metas, que hay momentos que no se repetirán y que vale la pena vivirlos. Ni siquiera una pandemia nos enseñó que el mañana es impredecible. El tiempo pasa misterioso, lo sé porque cuando era pequeña solo quería jugar y ahora solo me pregunto cosas. Sueño con una sociedad diferente, con un mundo en el que seguir los patrones no sea la única alternativa, un mundo donde el presente sea un estado. Un mundo en el que crecer se parezca más a crear que a correr.

Una mala historia de terror



Josefa Bahamondez Saavedra, 15 años

Hasta hace poco tiempo veía a las “viejas” solo como viejas. Aquellas con dulces de menta en grandes bolsos, pañuelo desechable en mano y lanzando comentarios pesados y aburridos sin otra pista de complejidad humana. Pero después de ver el comercial de Mega, cuando me encuentro con una persona mayor y tengo tiempo, le pregunto alguna anécdota de su vida con la intención de comprender y comparar mi época con las suyas.

Tal vez me cuenten de la vez que jugaron a la escondida y nunca nadie las encontró o de esa ropa señorial y peinados pomposos que usaban de niñas. Debo reconocer que tengo la esperanza oculta de escuchar sobre sus juegos infantiles que ahora estarían funados por discriminadores.

Resulta que en un edificio antiguo en Matucana, no muy lejos del centro cultural en donde las comadres iban recurrentemente, vivía una anciana que -no me pregunten qué tan anciana- tenía manos arrugadas, uñas de un rojo pasión gastado, falda hasta los tobillos, blusa transparente, pantuflas y los aros de perla más grandes encontrados en barrio Meiggs.

Su departamento parecía ser el set perfecto para alguna película llamada “La Abuela Asesina”, solo faltaba que esa mermelada casera que hacía cada verano, fuera cayendo desde el papel mural de flores hacia los muebles de madera oscura que guardaban una colección de loza también con flores, cubierta con manteles tejidos en forma de flores y sillones con cojines bañados en flores, ah sí, y un jarrón de vidrio con busto y cadera pronunciado posado en el comedor lleno de flores (rosas para ser exactos).

Una tarde, la anciana estaba sentada en la terraza del departamento, rodeada de maceteros mirando el sol esconderse en el horizonte. Estiró su mano y prendió la luz, acercó un cigarro a su boca mientras su mente estaba pendiente de lo que haría de comer mañana y las blusas que no había planchado. La casa olía a tabaco pero no importaba, era uno de los beneficios de vivir sola. Miró una botella de vino y volvió a girar la cabeza a esa copa de mosaico, su regalona.

Se acercaba el 18 de octubre- primer aniversario del estallido social- cuando escuchó a solo unas cuerdas de ahí balazos. Por unos minutos, un recuerdo de tiempos pasados surcó su cabeza pero su alma cahuinera fue más fuerte y se arriesgó a bajar para enterarse de lo ocurrido ¿Por qué los personajes se sienten atraídos hacia lo que supuestamente da miedo?

Bajó por la sombrías escaleras de paredes tan húmedas que parecía que se caerían a pedazos. Sin el sol del mediodía era tan tétrico pasar por ahí, que si yo fuera la anciana me habría hecho pipí, pero no es el caso.

Salió a la calle y una vez más la noche hacía parecer todo más tenebroso. Las casas de colores que le dan vida al barrio ahora no eran más que una escala de grises opacos y los grandes faroles apenas dibujaban un círculo de luz amarilla en el pavimento.

Los árboles dejaban pasar entre sus hojas la brisa que le movía la melena que ya casi no tenía y de vez en cuando circulaban autos rajados e inescrupulosos que le ponían los pelos de punta.

Tropezó unas cuantas veces, las piernas ya no le daban para moverse con la misma agilidad como alguna vez lo hicieron. El barrio no se veía muy distinto a como era en sus años ágiles y agitados y eso la aterrorizó.

Miró los grafitis que a su derecha escribían frases rápidas y valientes. Imaginó a su nieto rayando esa pared y su cuerpo cambió la sensación de miedo por orgullo.

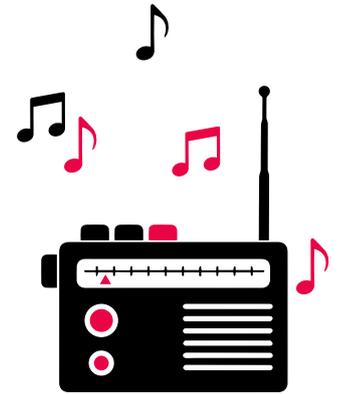
Se cruzó un gato negro y por encima de éste, un cuervo la miraba fijamente. En realidad, no sé si hay cuervos en plena ciudad de Chile, dicen que era un cuervo y que la anciana sintió calma, pues al menos no era un sapo, de esos sí que había que arrancar.

Llegó a un bar con adolescentes besuqueándose y la música a todo volumen. Nadie parecía preocuparse. Ahí se dio cuenta que sus recuerdos solo la atormentaban a ella.

Recordó el toque de queda, tal vez esos animales destrozarían la fiesta y sacarían a todos arrastrando, pero los jóvenes parecían inmutables ante esta posibilidad y seguían bailando. La anciana entonces se acercó, comenzó por un pie, luego el otro, subió hasta la rodilla, caderas de metal y así, de a poco, su esqueleto empezó a menear.

No me acuerdo

Gabriel Espinoza, 25 años



Cuando era niño, tuve un accidente y una parte de mis recuerdos se fue. Hay un par de momentos que aún conservo; me acuerdo cuando pasaba el camión de la basura y mi mamá me gritaba con furia que entrara a la casa, o de esas veces en que venía gente a almorzar. Lo demás son imágenes confusas, sombras, o trozos de historias que conozco gracias a ella.

Poco tiempo después del accidente nos fuimos a Puerto Montt, a Gloria -mi madre- le ofrecieron hacer clases allá. Durante el largo viaje, me contó la historia de “El Chalo”. Un tipo muy amable, nacido en barrio Yungay. Al parecer siempre ayudaba a la vecina del negocio a entrar su mercadería y soñaba con ser famoso. En un bar que aún sobrevive, tocó sus primeras canciones, lloró sus primeros fracasos y el amor lo sorprendió con una piscola derramada en su camisa, ella le pidió perdón y él, muy enojado fingió que no importaba y se hizo el lindo.

Se enamoraron muy rápido. Al principio vivieron en una pequeña pieza del barrio, comiendo tallarines con salsa y vienas en sus mejores días. Ella era mesera en el bar donde se conocieron y ahorraba para estudiar. Él cantaba en las micros por la mañana y en la noche tocaba en bares.

A veces cuando coincidían en el mismo local fingían ser desconocidos y jugaban a conquistarse por primera vez.

Un par de meses más tarde el test de embarazo dio positivo y tuvieron la brillante idea de pedir un crédito y comprar una casa, así que se endeudaron a 30 años con el banco del patito. “Don Pepe” el jefe de Gloria, les tomó cariño y se ofreció amablemente a ser el aval, incluso fue a la pequeña fiesta de inauguración de la casa, y por supuesto se pegó el show curao, —pucha que quiero a estos cabros, son como mis hijos, salud por ustedes, salud por mí, yo me rajo con el asado—, dijo Don Pepe cayendo dormido de espalda, con la cara maquillada de vino.

Durante el viaje, mi mamá demostró tener un talento para narrar, que hasta ahora yo no conocía. Durante las pausas de sus recuerdos, me ponía a mirar por la ventana. Habíamos salido de la capital hace un rato. En el cielo no quedaba rastro de la nube gigante de contaminación, pero ahora en mi mente, se formaba la nube de la duda, no sabía si todas esas historias eran reales o no, pero concluí que era algo que no podía saber ni controlar. Interrogué mucho a la doña en el bus a Puerto Montt, me daba curiosidad saber cómo pagaban las cuotas de la casa si eran tan pobres, y ahí saltó otra vez mi mamá con una de sus historias: El Gonzalo se esforzaba el doble, en ese tiempo yo tenía que descansar, tu ibas a nacer pronto. Pasó varios meses así, hasta que ya no daba más, le pesaba el cuerpo de tanto pasearse de micro en micro, de bar en bar o haciendo cualquier trabajo que saliera y obviamente, llegó el día en que colapsó y se desmayó en plena calle... un conocido lo encontró y me llamó, lo llevaron al hospital en una ambulancia que se iba desarmando en el camino.

Esa noche, el “Chalo” no despertó. A la mañana siguiente yo estaba muy preocupada y había llorado toda la noche, era temprano y sonaba la radio, mientras el doctor llenaba una ficha médica. Cuando la ficha estaba lista, tocaron la misma canción por cuarta vez, — oye la radio precaria— dijo el doctor, en voz alta, despertando de golpe al dormido. ¿Qué me pasó? dijo, desorientado y temblando. Te desmayaste porque tienes muchas preocupaciones, poh cabro, y te dejamos en observación,

pero ya te puedes ir, dijo el médico. Gonzalo se distrajo, enfocando su atención a la canción que sonaba en la radio, sin decir nada, —Oiga joven ¿qué le pasa? Le estoy hablando y no me pone atención—, el enfermo seguía pegado, escuchando la radio, y mientras el doctor intentaba decirle que ya se podía ir, abrió los ojos como si hubiera visto a la muerte de frente y saltó gritando ¡Esa es mi canción! ¡Esa es mi canción! ¡Estoy sonando en la radio! Al darme cuenta que era su canción, me puse igual de contenta, hasta el doctor celebró con nosotros cantando el coro que ya se había aprendido después de la cuarta vez. Desde ahí, cambiaron muchas cosas, concluyó mi querida madre, pasando de una sonrisa a una cara neutral y medio tristoná. Le pregunté: ¿qué pasó después? y tratando de terminar rápido y tartamudeando como nunca, me contó que el Chalo cumplió su sueño, grabó varios discos en los mejores estudios, hizo grandes giras por el país y ganó mucho dinero y admiración, pero apenas pudo disfrutar del éxito un par de años - mi madre hizo una pausa dramática- porque justo cuando estaba en lo más alto de su carrera, la radio del auto dejó de sonar y los recuerdos de tu papá, quedaron estrellados contra el concreto de un muro. Cuando terminó de hablar, hice una última pregunta: ¿Y por qué nunca lo fuimos a ver al cementerio?, —tengo sueño dijo— refunfuñando, se dio la vuelta y sin mirarme, se durmió. Yo quedé despierto, contemplando el paisaje sureño y dándole vueltas a todo lo que había escuchado, primero sentí que no entendía varias cosas, pero luego me resigné y dejé que el sopor me llevara.

Nunca logré acostumbrarme del todo a vivir en Puerto Montt. Durante mucho tiempo no me volví a cuestionar todos esos momentos de vida, de los cuales sabía poco o nada. Estuve años existiendo en piloto automático aferrándome a recuerdos que alguien más había puesto en mi mente. Me daba terror que llegara el momento de tener que contarle a alguien sobre un pasado que ni yo mismo creía y a la mayoría de mis cercanos les contaba historias más falsas que la mía. Esquivé amistades intensas para no tener que exponer mi intimidad familiar. De mi mamá ni hablar, cuando no hacía clases de historia en una escuela perdida entre

los verdes campos, se escondía en su habitación, dedicada a corregir pruebas y preparar clases. No se habló más del pasado en esta nueva y sombría casa, de hecho, ni siquiera se habló, la hora del té era como una carrera por quien terminaba primero.

Así mismo llegó el día de mi graduación de enseñanza media, salí más temprano de lo habitual, Gloria aún no se levantaba y ni se percató de mi salida. En taxi, rápidamente llegué al terminal de buses, parece que una tormenta se venía, las nubes en mi cabeza estaban más negras que nunca. Tomando mi pasaje, me senté y dormí profundo. También tuve un sueño. Gonzalo estaba sentado en el pasto, bajo un árbol, con su guitarra, tocando una melodía similar a la de la película tiburón, pero en una versión que se sentía como perder a tu perrito de noche en un cementerio, terminaba la canción y me llamaba, yo corría fuerte pero mientras más corría, más se alejaba la banca y Gonzalo, como si una ola me estuviera arrastrando mar adentro y Gonzalo se perdiera en la orilla de la playa. Al final caía en un pozo negro, donde solo se escuchaba el eco de una gotera y antes de chocar con el suelo del pozo, desperté. Era el único que aún no bajaba del bus. En un suspiro llegué al barrio que me vio crecer.

Cuando volví al barrio Yungay, los adoquines, los murales coloridos y la plaza llena de jóvenes, me provocaron nostalgia. No recuerdo haber salido mucho a la calle, pero aún así recorrí cada lugar buscando respuestas, buscando que saliera el sol. El local de “Don Pepe” estaba cerrado y colgado en el pomo de la puerta, movido por el viento, un cartel de “se vende” se imponía. Caminé por la vereda de plaza Yungay para tocar la puerta del abandonado local. Tuve la suerte de que el dueño, un señor vestido de traje y de una edad avanzada salió en mi rescate y me reconoció. Con mucho cariño me invitó a quedarme en su casa. Tomamos té, comimos pan con palta y conversamos por tanto tiempo que él terminó durmiendo en la silla. Al final cada palabra que salió de su boca parecía una fotocopia de los relatos de mi mamá, como si ella le hubiera dejado un guión. Por la mañana me encaminé a seguir mi búsqueda. Me encontré con la señora del almacén. Supuse que la había alcanzado la demencia porque lo único que repetía era “sipo El Chalito,

siempre me sacaba la basura y yo le daba unas moneditas”. Me aburrí de decirle que lo estaba confundiendo. Antes de irme le eché un vistazo a la casa de mi niñez, una casa pequeña, sin antejardín desde donde se asomaban siluetas en el comedor.

Me sentí culpable por no creerle a mi mamá y tonto por haber escapado a Santiago siguiendo mis impulsos. Decidí dejar de perder el tiempo y llamarla disculpándome, y obvio pedirle que por favor no se enojara y me mandara plata para volver.

Cansado recorrí Matucana buscando un teléfono público, hasta que me tropecé y caí al piso, —Jorgito, qué grande estás ¿te caíste? — Miré hasta donde podía, pero no vi a nadie —Jorgito, aquí arriba, ¿cómo has estado? —, Era un hombre al que no había visto antes, parecía vivir en la calle, por el carrito de supermercado lleno de cosas — he estado bien ¿Cómo sabe mi nombre? —, Se quedó en silencio y me dio un abrazo, —Yo te conozco desde que eras un bebé Jorgito— quedé helado, pensando que se trataba de una broma o de alguien más que había perdido el juicio, pero el hombre parecía cuerdo. Me senté a su lado, me compartió un trozo de pan y estuvimos hablando mientras él comía y yo pellizcaba las migas.

Conversar con él era como escuchar a un profesor. Comenzó con política contándome que estaba a favor del estallido (yo no pude haber estado más ausente de ese acontecimiento), luego filosofó de la vida y habló un poco de música para rellenar el silencio que quedaba cada vez que terminaba una idea. Yo conocí a tu papá, se quién era, cómo era y cómo es ¿Se llama Gonzalo, cierto? Dijo mientras sacaba otro pedazo de pan. Quedé en blanco. “Se llamaba” le respondí. “Murió en un accidente”. Sus ojos húmedos se alinearon con los míos, me dio la mano y dijo “ay Jorgito, no sé qué te han contado, no sé qué sabes, pero me doy cuenta que no sabes la verdad, me encantaría ser yo quien te cuente cómo pasaron las cosas, pero la versión que tú necesitas descubrir es la tuya”. No supe qué decir, sin embargo, una sensación de sabiduría y entendimiento me inundó. El hombre me entregó un par de billetes. “Tienes que irte, encontrar tu camino y luego me visitas cuando quieras”, fue su último consejo.

Día de suerte

Florencia Soler Ibañez, 15 años



Esa noche, la señora Marcia soñó que era la ganadora del mayor pozo millonario en la lotería. Emocionada, saltó de la cama y en un abrir y cerrar de ojos se encontraba vestida y lista para salir de su pequeña casa en Quinta Normal, a buscar un quiosco en donde comprar un diario. Cuando por fin tuvo uno en sus manos, ignoró completamente los titulares y fue directo hacia su objetivo, los horóscopos. Ya en la sagrada página, su delgado y firme dedo recorrió signo por signo hasta llegar a Leo, en donde la ansiada frase: hoy será su día de suerte, dibujó una amplia sonrisa en el arrugado rostro de Marcia. De inmediato, la anciana buscó casi con desesperación un almacén en donde jugar a la lotería. Recorrió varias calles en búsqueda de uno hasta que, por fin, a su poco avisado cerebro se le ocurrió entrar al supermercado en el que solía hacer las compras de fin de mes. Entró al establecimiento con decisión y se dirigió al pequeño bazar que había allí dentro. Con aire de diva sacó un billete de dos mil pesos de su cartera mientras le decía al joven vendedor “un billete de lotería, por favor”. Con los números elegidos y el billete en la mano, la anciana dedicó esa mañana de sábado a vitriñar, como rara vez hacía, en el mall Plaza Alameda, donde se deleitó

pensando qué cosas se compraría cuando ganara la lotería el domingo, hecho que ella daba por sentado. Recorrió aquel iluminado recinto de piso resbaloso, escaleras mecánicas y vitrinas relucientes envuelta en una nube de ensoñación. Entró a tiendas de ropa, tiendas de zapatos, tiendas de belleza e incluso se dio el lujo de entrar a una joyería. Se probó montones de cosas que luego no compró, pero se prometió a sí misma hacerlo cuando fuese millonaria. Almorzó ahí, no fue nada muy costoso, pero en esos momentos el precio de las cosas ya no le importaba. Luego, cuando aquel mundo de banalidad y consumismo le aburrió, regresó a su casa esquivando escaleras y gatos negros.

El resto del día, la señora Marcia lo pasó frente a su antigua computadora, navegando en internet en búsqueda de los 10 mejores destinos turísticos en Punta Cana, lugar al que por supuesto, iría de vacaciones cuando cobrara aquel abundante premio. Luego de una cena veloz, la señora Marcia se fue a acostar, pues quería acortar aquel día lo máximo posible. Esa noche no solo rezó por sus amigos y familia, sino que también pidió, lo más humildemente que podía, ser la ganadora de aquel acaudalado premio. A la señora Marcia le costó conciliar el sueño, pues el calor de enero, sumado a sus nervios por el ya mencionado premio, hacían que el dormir le fuese una tarea difícil.

Cuando despertó el domingo eran las 6 de la mañana, intentó volver a dormirse, pero al ver que le era imposible, decidió levantarse y tomar una reconfortante agua de melisa para calmar un poco sus alterados nervios. Luego de beberse hasta la última gota, volvió al lecho y cerró los ojos. Al poco rato, se quedó profundamente dormida. Despertó a las 10 de la mañana algo ojerosa y pálida, pero mucho más ansiosa que el día anterior. Aun así, se duchó y vistió lentamente.

Cuando terminó de vestirse y al notar que los nervios no le permitían desayunar nada, hizo el aseo más frenéticamente que nunca y cuando hubo dejado su casa limpia y ordenada de cabo a rabo, se sentó en su viejo sillón a ver las noticias, las que la señora Marcia no miró con mucha atención, por cierto. Cuando el noticiero acabó, la anciana se dirigió al almacén de la esquina a comadrear con sus amigas del barrio. Y como era

de esperarse, la señora Marcia contó, con lujo de detalles que el sábado había ido al supermercado a comprar un boleto de lotería. Este hecho causó gran revuelo entre las comadres y Marcia se vio a sí misma prometiéndoles a cada una que las llevaría a las Termas de Jahuel en cuanto cobrara el famoso premio. Por supuesto, no evitó recibir algún que otro comentario engorroso de la señora Julia, una odiosa anciana un poco menor que la señora Marcia, que le dijo con un evidente tono de compasión fingida, que a una pobre viuda jubilada como la señora Marcia le venía de maravillas ganar un premio así. Por suerte, las amigas de Marcia intervinieron para echar a la engreída señora del almacén-centro social.

Cuando la señora Marcia decidió ir a almorzar se dio cuenta que seguía inapetente, pero aún así se forzó a comer una pequeña ensalada que preparó de mala gana. Luego de comer la última hoja de lechuga, fue a su habitación y tomó una breve siesta tras haber leído un par de capítulos de Romeo y Julieta. La dichosa siesta no resultó ser tan breve como hubiera querido la señora Marcia, ya que esta empezó a las seis de la tarde y terminó a las 7:30pm, es decir, 30 minutos antes de que publicaran los resultados de la lotería.

La señora Marcia salió velozmente de su casa y corrió prácticamente al supermercado. En cuanto estuvo allí se abalanzó al mostrador del bazar y con mirada de ansiosa y ya no tan de diva, le pidió al vendedor los resultados del sorteo. El vendedor, que era el mismo que la atendió la última vez, hizo todo muy lentamente, como si quisiera ver a la señora Marcia

al borde de la desesperación. La mujer tenía el corazón en la boca. Ella, setentona, se sentía como un adolescente que tiene que elegir rápidamente qué carrera estudiar. Los ojos de la pobre estaban a punto de salir de sus órbitas y al joven vendedor parecía no importarle, como si ganar ochocientos millones de pesos no fuera gran cosa. Comenzó a recitar los números del sorteo y la profecía se cumplía, la señora Marcia ganó. Pero no los ochocientos millones. Al parecer ese sábado hubo muchos signos que soñaron que ganaban la lotería. Se llevó 50 mil pesos. Dinero que el empleado sacó de la caja registradora y otorgó a la señora Marcia con una sonrisa. Cincuenta mil benditos pesos que la

ayudarían a llegar a fin de mes. Una pequeña ayudita del destino, del universo. Algo es algo, se dijo a sí misma una desilusionada señora Marcia, que volvía a su casa con el dinero bien guardado, doblado en decenas de partes abajo del sostén para que nadie se lo robara.

Este libro ha sido publicado por Bibliometro.

En el interior se utilizó fuente Alegreya Sans y sus variedades sobre papel ahuesado 80 grs.

La portada fue impresa en papel kraft 225 grs.

Se imprimieron 700 copias.

Equipo Editorial:

- Carolina Ávila
- Karin Palacios
- Paola Molina

Fotografía portada:

Braulio Gampuy Prieto

Diseño y diagramación:

Simple Comunicación

Impresión:

Ograma Impresores

En el marco del Proyecto financiado por la Convocatoria Pública 2020 de Planes de Desarrollo de Públicos quedando circunscrito a ese proyecto y a nuestro compromiso.



En convenio con

